



MARY, CARLOS Y EL MERCADO DE QUIROGA BALLESTEROS

Enrique Medina

En 1989 aprobé las oposiciones de Psiquiatra al Sistema Nacional de Salud. Mi primer destino fue Lugo y mi primer paciente Carlos. Desde el primer momento me llamó mucho la atención su quijotesca figura, su melena rubia rizada y sus gafas de concha, además de una personalidad nada corriente para una persona con sus problemas psiquiátricos.

— Carlos, por favor, cuéntame alguna experiencia feliz de tu vida.

Permaneció pensativo durante unos segundos, tuvo un ligero temblor, de sus ojos resbalaron unas pocas lágrimas, y comenzó su relato.

— Salía de la prisión de Carabanchel, era de noche, llovía, hacía frío, la vida no tenía sentido para mí. De repente, entre las brumas de la noche ¡allí estaba! ¡Allí estaba mi novia Mary! con un paraguas roto bajo la lluvia.

A la mañana siguiente viajamos hasta Lugo, me llevó al puesto que teníamos en el mercado de Quiroga Ballesteros y fuimos muy felices otra vez, vendiendo frutas, verduras y legumbres,

Carlos parecía en trance y decidí durante un rato respetar su éxtasis. Al transcurrir un tiempo prudencial, volví a preguntarle.

— Carlos, ¿por qué entraste en Carabanchel?

Me miró con tal intensidad que un escalofrío recorrió mi cuerpo y con mucho énfasis me dijo: Doctor, yo no me meto con nadie, pero ¡quien me busca, me encuentra!

— ¿Quién te busca, Carlos?

Comenzaba a alterarse en exceso y decidí terminar la sesión. Al llegar al despacho, busqué más información sobre mi paciente y tan solo encontré una reseña sobre un suceso ocurrido años atrás en Madrid concerniente al brutal asesinato de una joven lucense, María Basterra Núñez.

En un primer momento la policía detuvo a su novio, también natural de Lugo, como principal sospechoso del crimen. Pasados tres meses quedó en libertad porque detuvieron al verdadero asesino, un delincuente habitual, confidente de la brigada de estupefacientes.

Durante los días siguientes, cuando terminaba mi horario en el hospital, intenté reconstruir la vida de Carlos desde que salió de prisión hasta llegar a su ingreso en el psiquiátrico.

Con la muerte de su novia, su cabeza dio un vuelco y perdió por completo el sentido de la realidad, hablando de Mary como si estuviera viva. Evidentemente el relato de su salida de la cárcel estaba solo en su imaginación. En los dos años posteriores, entró tres veces en la prisión lucense de Monterroso por actos vandálicos y agresiones a la policía municipal.

Fue ingresado en el psiquiátrico hace seis meses, tras protagonizar un suceso muy comentado en la prensa local, donde le apodaron 'el novio loco'.

Voy a narrar el hecho que, a pesar de las consecuencias para un par de personas, me indujeron a luchar por la salud mental de Carlos.

Carlos entró a un club de alterne llamado El Molino Rojo, como suele existir en casi todas las poblaciones españolas, se acercó a la barra y se dirigió a las camareras de local:

— ¿Dónde habéis escondido a mi novia Mary?

Cuando empezó a insistir acudieron dos tipos, que se encargaban de que el local estuviera tranquilo, e intentaron sacarle a la calle a golpes. Carlos se descontroló y con una banqueta metálica vapuleó a los dos hombres de tal forma que si no llega la policía a tiempo los hubiera matado.

No paró de gritar, incluso esposado, que su novia Mary estaba secuestrada en este local. El sargento al mando, que conocía a Carlos desde niño, decidió llevarle directamente al hospital, de donde no ha salido desde aquel día.

Pasé dos años con terapias de dos días semanales, e incluso en algunos momentos tres. Visité con asiduidad el mercado Quiroga Ballesteros intentando encontrar alguna respuesta, algo que pudiera ayudarme a devolverle al mundo real, pero finalmente tuve que rendirme y llegué a la conclusión que su vida se paró en aquel fatídico día del asesinato de Mary y que jamás volvería a ser una persona con el más mínimo sentido de la realidad.

Al poco de concluir la terapia con Carlos, acepté un puesto en la OMS y por una época Carlos desapareció de mi vida. Transcurrieron tres años y una llamada del hospital de Calde solicitaba mi ayuda con un paciente: Carlos.

Llevaba siete días sin probar bocado y su salud corría peligro. Dijo que no volvería a comer hasta que no hablara con el doctor Usera. No dudé un instante, y salí en el primer avión disponible.

Carlos estaba muy desmejorado, y no precisamente por la semana sin comer. Le encontré rendido, su melena rizada había desaparecido, su voz potente convertida en un hilo, y su alma pidiendo pista de despegue hacia el infinito.

— No quería molestarle doctor Usera. Pero usted es la única persona, junto a mi novia Mary, que se ha preocupado por mí, que ha intentado ayudarme, y como no dejan pasar a Mary, usted es la única persona en la que puedo confiar, pero le advierto que en el momento que salga de aquí, tiene que coger el primer avión, salir de España, y comunique a la policía de cualquier otro país lo que va a conocer en este momento.

Aunque dicen que Mary está muerta, es mentira, la tienen secuestrada para presionarme, porque yo no soy cualquiera. Pertenezco al Servicio Secreto, y tengo datos muy importantes para salvar a la humanidad.

Mi cara tuvo que ser un poema, porque Carlos me miró fijamente durante un buen rato, e incluso me asusté, porque se puso muy pegado a mí y en voz muy baja, me dijo:

— Mi foto está en aeropuertos, estaciones de tren y autobuses, comisarías, y aduanas de todo el mundo.

Estuve a punto de salir de la estancia y volver inmediatamente a Bruselas, pero algo me retuvo.

— Carlos, por favor ¿puede ser más explícito?

— Tengo la fórmula para curar el cáncer, y quieren arrebatármela para que un médico muy famoso se lleve el honor y el dinero.

— ¿Cómo dice?

— No se lo cree, ¿verdad?

— Es una acusación muy grave.

— En 1984 me encomendaron la seguridad de un importante político extranjero en visita oficial a España. A los seis meses, durante el verano, Mary y yo hicimos un viaje por varios países europeos, y en uno de ellos, el político al que escolté, vino a nuestro hotel para invitarnos a su casa y acompañarnos a alguna visita. El último día de nuestra estancia, su mujer insistió a Mary para que la acompañara en sus compras de moda, y él me llevó a un lugar que no puedo decirle ahora, pero que usted conocerá en su momento, y me desveló su secreto.

— Una prima de su madre -me dijo-, se casó con un médico español, que descubrió y probó con éxito un tratamiento contra el cáncer. Cuando solo faltaba la autorización para comercializarlo, le llamaron a un palacio de los alrededores de Madrid, donde le recibió un conocido médico y le dejaron muy claro que el dinero de la patente sería a repartir y los honores solo para el otro.

— Lo consideró una humillación y se negó. Una semana después, falleció, teóricamente de un infarto. Había sido previsor, y una parte imprescindible para la fabricación del medicamento, lo escondió allí, y otra en España, en un lugar que solo él conocía.

— ¿Y por qué el familiar del político no lo comunicó a las autoridades de su país, o las nuestras?

— Tanteó un poco aquí y no lo vio claro. Al mes de ese viaje secuestraron, y torturaron a Mary, pensando que ella estaba al tanto. Luego me acusaron a mí de matarla, pero la foto que se publicó era de una mendiga.

— ¿Y al que luego acusaron de ser el verdadero asesino?

— Matacán, era un ‘confite’ que igual se les puso tonto, porque al poco de entrar al talego, le dieron matarile.

— Le diré dónde encontrar las dos fórmulas, pero no intente nada por su cuenta porque sería su final, y el mío también, es usted mi visado para salir de este manicomio.

— Para no levantar excesivas sospechas, cuando se vaya, dígame a gritos: ‘No me vuelva a molestar para tonterías como esta. Mi tiempo es muy valioso’.

Cuando salí de Calde, llegué a pensar que estaba más loco aún que Carlos por hacerle caso, pero no pude dejar de pensar en su relato y en los datos que me dio para recuperar las fórmulas.

Regresé a Bruselas y decidí obviar este asunto durante un tiempo, porque si le daba credibilidad, tenía que asegurarme que hablaba con la persona adecuada.

Mi apartamento fue asaltado, aparentemente fue un robo, pero en ese momento supe que Carlos tenía razón, y habían entrado a ver si encontraban algo sobre las fórmulas.

Entré en pánico y durante varios días no tuve fuerza para salir del apartamento, temiendo que me secuestraran. Poco a poco fui acumulando energía para recuperar mi vida y regresé a la rutina.

Me armé de valor, y acudí a la embajada del país donde presuntamente estaba escondida una parte de la fórmula, acompañado de un importante cargo de la OMS, al que puse al corriente de todo, y también le advertí que lo único seguro de este asunto es que Carlos estaba muy loco, y del asalto a mi apartamento.

Desde el primer momento dieron credibilidad al relato, y lo comunicaron de inmediato al país. Nos dieron la posibilidad de quedarnos unas horas en la embajada, o de irnos a nuestra casa, evidentemente y sin posibilidad de negarnos, con protección 24 horas durante los dos días que pensaban que podía demorarse el hallazgo en su país y en España.

Tres días más tarde nos llevaron de nuevo a la embajada, para comunicarnos que habían encontrado los dos ‘objetivos’, y darnos las gracias por lo que esto podía suponer.

Nada de esto salió a la luz pública, y meses más tarde me dijeron que un laboratorio había so-

licitado al hospital que estaba en los escritos del doctor español, algún dato sobre la medicación empleada para unirla a las dos fórmulas ‘perdidas’. Al negarles dicha información, nada podía hacerse, al menos de momento, con lo que tenían.

Carlos seguía insistiendo en que su novia Mary estaba viva. Ciertamente en este asunto no le daba mucho crédito, pero ¿y si también tenía razón?

Decidí regresar a Bruselas y olvidarme de momento del ‘tema Mary’, necesitaba descansar y sinceramente, a esto sí que no le di crédito.

A los dos meses, desde instituciones penitenciarias me solicitaban, si era posible, un informe sobre la salud mental de Carlos, porque había solicitado su libertad y querían disponer de varias opiniones profesionales.

De nuevo me involucraban en este asunto que me producía un desgaste tremendo, porque nunca tuve tantas dudas sobre el estado mental de una persona. No podía arriesgar y dar mi beneplácito a que saliera en libertad, porque no estaba seguro de que estuviera bien, tampoco mal, pero es cierto que sus antecedentes no eran positivos.

Envié el informe negativo, pensando que el ‘tema Carlos’ no volvería a mi vida, pero cuando algo se cierra en falso, vuelve y vuelve, hasta que se soluciona de verdad.

Comenzábamos un curso, tenía la costumbre de repasar las fichas de las personas inscritas, y de repente un nombre me llamó la atención: María Basterra Núñez.

¿Sería pura coincidencia? ¿sería Mary?

Había nacido en el año 1960, en Lugo. Demasiada casualidad.

Un sudor frío invadió mi cuerpo, la sangre golpeaba con furia mis sienes, y temí que estuviera a punto de darme un infarto. Logré sosegarme y decidí esperar al primer día de clase para sopesar si preguntaba o no a Mary, si era Mary.

El primer día de clase no acudió, ni el segundo, ni el tercero, ni nunca. Alguien estaba jugándome una broma muy pesada. Comencé a temer por mi seguridad física y mental. Sospechaba de todo el mundo, incluso amigos, compañeros, conocidos.

Recibí una llamada de Calde, comunicándome el fallecimiento de Carlos, y la existencia de un sobre dirigido a mi persona. Allí tenía que estar la clave de este enigma, aunque al abrirlo, la situación se enrevesó más.

Carlos sabía que estaba mal, y me culpabilizó de su fallecimiento dentro de Calde, amenazándome con que su espíritu atormentaría mi vida. Para evitarlo me ponía una condición:

- Encuentre a Mary y comuníqueme mi fallecimiento, si por desgracia también está muerta, busque sus cenizas para que reposen junto a mí en el puesto de Quiroga Ballesteros que ahora tiene su hermano.

No puedo discernir si fue mi cabeza o de verdad me sucedieron hechos verdaderamente terroríficos. A través de algunos contactos, encontré la tumba de Mary, y con permiso de su familia, fue incinerada y llevada a reposar junto a las cenizas de Carlos en Quiroga Ballesteros. Cuando salí del mercado, casualidad o no, no volví a tener noticias de Carlos.

Ilustración: Pablo Moncloa

